

Eugenio Ímaz: una existencia escindida entre la teoría y la praxis.

J. ÁNGEL ASCUNCE ARRIETA
Universidad de Deusto (San Sebastián)

La biografía existencial e ideológica del ensayista donostiarra presenta un atractivo inusitado entre los intelectuales de su época. Su vida y su obra son relativamente conocidas como consecuencia del exilio y de su prematura muerte, pero esos datos reducidos en número pero intensos en vitalidad producen un fuerte impacto en aquellos que por una razón u otra se acercan a la vida o la obra del pensador vasco. Fue consciente de las grandes contradicciones históricas y como pocos fue consecuente con sus propias ideas y con las exigencias de su tiempo. La tragedia y la grandeza de Eugenio Ímaz fueron haber vivido responsablemente un tiempo histórico que en nada coincidía con los presupuestos de su vocación humana y de su entrega histórica. Eugenio Ímaz encarnó como nadie, hasta las últimas consecuencias de la entrega existencial, la dramática oposición entre la teoría ideológica y la praxis histórica. Eugenio Ímaz fue víctima, como tantos de sus compañeros de exilio, de la propia historia. Ésta le negó lo que en justicia y por lógica le correspondía: la razón de la existencia. Frente a los absurdos de su tiempo y frente a la locura de la historia, sólo le quedaba la posibilidad de clamar y reclamar su disgusto y su disconformidad como medio único para afirmar su propia personalidad, su íntima individualidad. La muerte buscada fue la única respuesta a su alcance para proclamar su desacuerdo ante la historia e imponer su criterio ante el destino.

1. Bases de un pensamiento humanista¹

Eugenio Ímaz fue un hombre de cultura, un auténtico y verdadero intelectual comprometido con el hombre y con la historia. Como hombre de cultura supo crear una doctrina ideológica de gran coherencia a pesar de la falta de sistematicidad. Su prematura muerte le impidió ultimar la labor iniciada. Los principios y presupuestos del credo ideológico de Eugenio Ímaz iban creciendo y desarrollándose al compás de la vida, de forma que la vida corría pareja a la cultura², propiciando una analogía plena entre vida y cultura.

¹ La obra de Eugenio Ímaz se condensa en tres volúmenes: *La fe por la palabra* (San Sebastián, 1989), *Topía y utopía* (San Sebastián, 1988) y *Luz en la caverna* (1988). Los tres volúmenes se publicaron en Cuadernos Universitarios de la Universidad de Deusto bajo la dirección de José Ángel Ascunce. A estos tres títulos hay que añadir el trabajo recopilatorio de Iñaki Aduriz *En busca de nuestro tiempo* (San Sebastián, 1992).

² Tomando un aserto de Collingwood, el ensayista donostiarra afirma que “La autobiografía de un hombre dedicado a pensar tiene que ser la historia de su pensamiento” en “Cristalizaron los sueños”, *Luz en la caverna*, p. 233.

La vida truncada del filósofo guipuzcoano determinó el carácter inconcluso de su obra. En el caso de Eugenio Ímaz se puede plantear el sentido parcial de su obra, pero nadie puede negar una gran coherencia a su pensamiento. Sin embargo, a través de sus ideas y asertos, desparramados por libros, artículos, prólogos, introducciones, etc., se puede ofrecer el cuerpo de un pensamiento tan actual y válido como apasionante. La novedad y la riqueza del pensamiento de Eugenio Ímaz descansan en la coherencia interna de su sistema a pesar de la aparente complejidad de sus ideas y de la gran diversidad de los temas planteados. Ofrece un sistema englobante que reúne y estructura orgánicamente componentes filosóficos, elementos históricos, principios sociales, razones religiosas, ideas antropológicas, etc. El planteamiento de este organigrama de base múltiple le permite poseer y desarrollar una doctrina sobre la vida y el hombre con sus diferentes circunstancias y distintas perspectivas de gran unidad y lógica. El pensador donostiarra llega a la posesión de su sistema filosófico a través de dos caminos: el pensamiento abstracto de la filosofía y las experiencias concretas de la existencia. De esta manera, puede afirmarse que conocimiento y existencia son los auténticos pilares de su edificio ideológico.

A través de las aulas universitarias -Madrid, Lovaina, Friburgo, Munich, Berlín, Londres-, en las conversaciones más o menos académicas con compañeros y profesores universitarios, en los monólogos interiores propiciados por traducciones de autores varios, etc., va madurando unas ideas, va organizando un pensamiento hasta llegar a estructurar un sistema. En la configuración del mismo, en el primer período de su vida, no podemos dejar de mencionar ciertos hitos, huellas de gran importancia con nombres propios: Juan Zaragüeta, José Ortega y Gasset, Miguel de Unamuno, Xabier Zubiri, el Cardenal Mercier, Heidegger, Husserl, etc., entre sus principales maestros directos; Rousseau, Hegel, Comte, Nietzsche, Marx, Dilthey, etc, entre sus maestros del pasado. Unos y otros influyen de manera decisiva en su pensamiento. Junto a los nombres propios de esta primera época, es obligado mencionar, como escuelas o grupos que van calando en la ideología de Eugenio Ímaz, cuatro grandes corrientes de pensamiento: el humanismo renacentista, el idealismo alemán, el institucionismo español y el neotomismo de Lovaina³. En la segunda época, tiempo de exilio americano, Eugenio Ímaz recibe las influencias de las ciencias antropológicas, de la psicología científica, del cientifismo moderno.

Desde una perspectiva netamente cultural, se puede afirmar que las doctrinas de Eugenio Ímaz navegaban entre las aguas del neotomismo, del humanismo, del vitalismo, del historicismo y del cientifismo. Entre la primera y la segunda época, tiempos

³ Uno de los puntos de mayor influencia para el filósofo donostiarra lo constituye su propio trabajo como traductor. Es verdad, como afirma algún crítico, que un trabajo hecho por necesidad no debe tenerse en cuenta a la hora de estudiar el pensamiento de un filósofo. Sin embargo, en el caso de Eugenio Ímaz este principio no sirve de regla. Entre otras razones, porque en México traducía preferentemente a los autores y los títulos que él proponía. La selección de las obras traducidas respondía en la mayoría de los casos a los gustos o inquietudes del escritor y no a simples necesidades editorialistas.

diferenciados por la Guerra Civil y el exilio consiguiente, se nota una pequeña variante de enfoque: la presencia del cientificismo en la época americana frente a su ausencia total en la época europea. Sin embargo, tanto en un caso como en el otro, hay que hablar de matices o perspectivas, ya que el cuerpo central de su pensamiento se fundamenta en un humanismo de orientación teleológica, al que se subordinarán todos los demás componentes o ingredientes.

Al cúmulo de saberes abstractos y de planteamientos formalmente filosóficos es necesario proponer toda una serie de experiencias vitales de una impronta innegable en su cosmovisión ideológica. Entre éstas, la más relevante fue su contacto directo con la sociedad y con la política de Alemania y de España en períodos parecidos y ambientes similares de inestabilidad y preguerra. Las respuestas emocionales y reflexivas ante la efervescencia sociopolítica vivida primero en Alemania y revivida con posterioridad en España determinan en gran manera las líneas de su pensamiento. Las huellas que marcan sus experiencias con los movimientos marxistas y con los sistemas comunistas, con los totalitarismos ya sean de signo imperialista o de signo revolucionario, son piezas imprescindibles dentro del organigrama general de su planteamiento ideológico. Eugenio Ímaz se presentó en todo momento como un demócrata liberal convencido y responsable. Desde este democraticismo de base se explican tanto su respuesta de hombre político como sus fundamentos de hombre filósofo. Es otro de los rasgos que perfila la ideología vitalista del ensayista vasco⁴, para quien la filosofía tiene que ser vida como la existencia tiene que ser pensamiento e idea.

Otro fundamento básico en la conformación de su pensamiento, centrado en esta ocasión en sus vivencias primero en Lovaina y después en Alemania, pero en este caso de sentido ideológico-religioso, es su contacto con el cristianismo crítico y con el protestantismo liberal. En este apartado hay un libro y dos nombres propios que juegan un papel fundamental en su vida y en su pensamiento. El libro es La Biblia, compañero inseparable de viaje y de mesilla hasta su muerte⁵. Eugenio Ímaz nunca se decantó por el misticismo ni por una religiosidad extremada, pero siempre admiró profundamente el mensaje evangélico. No es raro que uno de los nombres propios capitales en su pensamiento sea Jesucristo y el otro Martín Lutero, ambos relacionados íntimamente con La Biblia, uno como sujeto de la acción bíblica y el otro como comentarista evangélico. En este contexto y en medio de estas influencias, no se puede soslayar el poder decisivo que tuvo que jugar Hilde, esposa del escritor, quien protestante evangelista de fe y de creencias, pero de militancia mínima como el propio Eugenio Ímaz, tuvo que condicionar e incluso matizar ciertos planteamientos de la ideología del ensayista donostiarra. El neotomismo y el cristianismo liberal modulan el

⁴ Desde este punto de vista, no se puede olvidar que uno de los ensayos más meritorios sobre la obra de Eugenio Ímaz lleva por título *Eugenio Ímaz: una filosofía de la vida* (Iñaki Aduriz, San Sebastián, 1992).

⁵ Dato proporcionado por el hijo de Eugenio Ímaz, Víctor Ímaz, en conversación mantenida en febrero de 1991.

verdadero tono religioso de Eugenio Ímaz durante su etapa europea⁶. Pero esta dimensión religiosa de la vida y del pensamiento abarca igualmente los espacios de la filosofía política del ensayista donostiarra. Se puede afirmar que el cristianismo liberal de base humanista es el rasgo caracterizador de su pensamiento religioso y de su ideología política⁷.

Desde este punto de vista, vemos cómo las experiencias vitales, sean éstas vivencias personales o bien contactos intelectuales, condicionan dos de los pilares centrales de la cosmovisión ideológica del ensayista donostiarra: su talante democrático en política y su liberalismo cristiano en religión. Vida e idea, como en todos los casos analizados anteriormente, corren parejas en el caso de Eugenio Ímaz.

De esta manera, la síntesis de vida y pensamiento, la simbiosis completa y armónica de lecturas, disertaciones, discusiones o simples pláticas, traducciones, pensamientos, vivencias, etc., sirven de fundamento básico para cimentar un edificio ideológico de gran coherencia y de enorme atractivo intelectual y humano. Esta síntesis de vida y conocimiento va creando sus propios posos, donde madura el auténtico caldo de su cosmovisión ideológica. En ella se impone una tríada temática de gran significación y de presencia reiterativa: hombre, Dios e historia. Estos temas conforman el verdadero núcleo medular del pensamiento del filósofo donostiarra, cuya expresión básica se ubica en el tema del hombre, visto y planteado desde la doble proyección de religión y política, el hombre como ser religioso y el hombre como ser político: humanismo religioso y humanismo histórico.

2. Humanismo político y humanismo religioso.

El fundamento de todo el edificio ideológico de Eugenio Ímaz se sustenta sobre el principio de humanismo⁸. Para el escritor vasco, el ser humano, el hombre, es esencialmente

⁶ Para todo lo referente a las influencias ideológicas y vitales de Eugenio Ímaz existen dos estudios fundamentales: Iñaki Aduriz, *Eugenio Ímaz: una filosofía de la vida*, (San Sebastián, Universidad de Deusto, 1995) y la obra ya citada de José Ángel Ascunce, *Topía y utopía de Eugenio Ímaz. Historia de un exilio*.

⁷ Véase al respecto el estudio del profesor José Ángel Ascunce *Topías y utopías de Eugenio Ímaz. Historia de un exilio*, Barcelona, Editorial Anthropos, 1991, preferentemente pp. 57-81.

⁸ La crítica en su generalidad ha defendido el principio del humanismo como la clave del pensamiento del filósofo donostiarra. Véase al respecto los siguientes estudios: José Luis Abellán: "Eugenio Ímaz: un humanismo en agraz", *Filosofía española en América (1936-1966)*, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1967, pp. 229-247 (Este mismo trabajo con amplias variantes fue posteriormente publicado con el título de "Eugenio Ímaz: del historicismo al delirio", *El exilio filosófico en América*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1998, 343-365); Es igualmente una de las bases del trabajo ya citado de Iñaki Aduriz *Eugenio Ímaz: una filosofía de la vida*, Víctor Ouimette: "El nuevo humanismo de Eugenio Ímaz" en J. A. Ascunce (Coop.): *Eugenio Ímaz: hombre, obra y pensamiento*, Madrid-México, Fondo de Cultura Económica, 1990, pp. 217-226; José Ángel Ascunce: "Eugenio Ímaz: poesía-cultura-filosofía como interregnos entre el humanismo y la humanidad", *Eugenio Ímaz: hombre, obra y pensamiento*, Op. Cit. pp. 167-190; Luis de Llera Esteban: "La cultura filosófica de los transterrados", en Luis de Llera (coord.), *El último exilio español. Grandeza y miseria de una formidable aventura*, Madrid, Mafre, 1996, pp. 623-627; etc.

existencia, ya que sólo en la vida éste puede ser y puede estar. Ontología y existencia son las características determinantes del ser humano en las coordenadas espacio-temporales que lo definen y lo concretan. Pero el hombre no es simple naturaleza como pueden serlo un animal cualquiera o un simple objeto. El árbol es perfecto siendo árbol de la misma manera que la perfección del caballo está en cumplir con su naturaleza equina. El hombre, por el contrario, es un ser que se hace en el tiempo y en medio de la existencia. Desde este punto de vista, el hombre, como ser en la naturaleza, es un ente incompleto, inacabado, inmaduro, etc. Es un ser que tiene que ir definiéndose en sus actos a través de su conducta política y religiosa. Como afirma el propio escritor: “El hombre tiene un destino, un esquema de hombre posible, que tiene que llenar con sus obras”⁹. A su vez, este proyecto que se denomina hombre sólo puede madurar en el tiempo y en compañía de sus semejantes. El hombre es ante todo y sobre todo sociedad y no simplemente individualidad.

“En el tiempo, y en medio de sus compañeros, nace y se hace el hombre, en ese perfecto dúo beligerante con la naturaleza. Se hace, y, siendo, el mismo, es cada vez diferente. Porque la naturaleza está hecha, pero el hombre se hace. Y el hombre se hace a medida que, por su acción, va conociendo el hecho que es la naturaleza, y en la medida que este conocimiento le hace posible prolongar la historia cerrada del mundo con la historia abierta del hombre”¹⁰.

Pero no es el hombre, el individuo, quien continúa la historia, ..., sino los hombres, la junta o sociedad de los hombres”¹¹.

Desde este punto de vista, el hombre como individuo sólo se puede realizar socialmente en contacto con los demás hombres y en estrecha colaboración con ellos. En el otro y en los otros, es donde el yo-personal encuentra su sentido y halla su función. “El yo se encuentra a sí mismo cuando se entrega al tú, y sólo en esa entrega enteriza y personal a los demás y a la vida con los demás se le puede hacer al hombre transparente el Ser”¹². La categoría social es la verdadera naturaleza del ser humano.

Pero esta entrega “enteriza”, como dice el filósofo, en nombre de la colectividad no significa en ningún caso negación o destrucción de lo propiamente individual. La negación del yo en la colectividad identificaría la comunidad humana con los sistemas totalitarios, donde la persona se tiene que inmolar en nombre del estado o del pretendido bien común político. Nunca se puede aceptar la “negación del liberalismo en nombre de la nación”¹³, porque ello implicaría renunciar a lo más sagrado del ser humano: su libertad, es decir, su ser. Dicho con otras palabras, el hombre como individuo debe comprometerse con el destino de la humanidad. Este compromiso implica

⁹ “En busca de nuestro tiempo”, *Topía y utopía*, p. 24.

¹⁰ *Ibidem*, p. 24.

¹¹ *Ibidem*, pp. 24-25.

¹² “¿Qué es el hombre?”, *Luz en la caverna*, p. 139.

¹³ En “La unión de los jóvenes”, *La fe por la palabra*, p. 25.

un trabajo solidario y responsable en nombre de la libertad individual y del bien común general. Esta entrega responsable define el auténtico proyecto del ser humano en la historia.

Es comprensible que el mayor y más perentorio problema del ser humano es el de su propia hombría, el poder llegar a la plena realización de su ser como humanidad. El hombre debe entregar vida y espíritu por la conquista de estos ideales de humanidad, ya que en ellos se asienta su futuro como individuo y como colectividad. Las palabras de Eugenio Ímaz al respecto son sumamente esclarecedoras:

“Que cada cual se especialice en su oficio, que cada quien afile sus armas ... pero para pelear por el hombre. El que quiera que suba a la torre de marfil, o que baje a un pozo seco, si así lo cree conveniente, pero no para lucir su desde elegante o para vociferar su reniego cínico, sino para volver enriquecido al mercado, a la plaza pública, a nuestra ágora, el café o la plaza de la constitución, y devolver así al hombre lo que es del hombre. Y si no es verdad que Goethe dijo al morir “más luz”, nosotros se lo hacemos decir y, con él, a todos los de su oficio, cualquiera que sea su rango. ¡Más luz! Es decir, ¡más hombre!¹⁴”

La misión del hombre en el tiempo histórico es luchar por el hombre para levantar cada vez más alto su hombría, su humanidad. Sin embargo, el hombre, como proyecto, es promesa, pero al mismo tiempo en cuanto se nos presenta como pura posibilidad de ser puede convertirse en fracaso y, por lo tanto, en decepción. Incluso, cuando estas ideas se confrontan con la realidad económica y política del momento histórico surge la duda y, en muchos casos, el desencanto. Se empieza a dudar de las posibilidades humanas a través de la realidad de sus hechos y de sus acciones. Por eso, tomando ciertas sugerencias de Nietzsche ante la naturaleza y ante la finalidad del sufrimiento humano, el escritor vasco concreta estos puntos de vista:

“Nietzsche, que no se asusta por los sufrimientos del hombre, sino por la falta de sentido de esos sufrimientos, contestará a la pregunta de qué es el hombre, diciendo que el hombre realmente no es; no es más que una promesa, un animal que promete, y que bien podría resultar el fiasco más grande de la naturaleza¹⁵.”

Más adelante, Eugenio Ímaz afirma:

“Sus tres grandes hazañas históricas, la técnica, la economía y la política, se le han venido totalmente encima. La máquina a puesto al hombre a su servicio. El hombre produce prodigiosamente más y mejor, pero no hay quien ponga orden en la distribución. Y la política, el poder, ha realizado en estas dos guerras el *tour de force* de derrotar también no sólo a los vencedores, sino a la humanidad entera¹⁶.”

¹⁴ En “Discurso a Rómulo Gallegos”, *Luz en la caverna*, pp. 150-51.

¹⁵ “¿Qué es el hombre?”, *Luz en la caverna*, p. 136.

¹⁶ *Ibidem*, pp. 136-137.

El hombre, como posibilidad, puede ser éxito o fracaso. Pero sea una u otra cosa, siempre será el centro y el eje de la realidad histórica y el artífice último de la naturaleza en la que vive y en la que se realiza. A partir de la razón de humanismo, es decir, desde el humanismo y por el humanismo, se legitiman y explican todas las ideas, todas las variantes y todas las posibles puntualizaciones de su organigrama filosófico. El humanismo, por tanto, es razón y principio de sentido que estructura formal y significativamente los diferentes planos del sistema ideológico.

Desde la óptica del humanismo político, Eugenio Ímaz es un demócrata convencido. El filósofo vasco valora la democracia como expresión de la voluntad popular, concretada en un gobierno y legitimada en unas elecciones libres a través del sufragio universal. Desde estos presupuestos de valoración, se entiende perfectamente el papel rector que asume el pueblo en la dinámica de la historia universal, de la historia nacional y en el cuerpo ideológico de su pensamiento.

“La idea de comunidad pone siempre el todo por encima de las partes, la comunidad sobre la sociedad y, por fin la humanidad sobre todo¹⁷.”

Si el hombre quiere conquistar los dones más altos de la evolución histórica, no tiene más remedio que convertir la aventura de la existencia en una tarea común y solidaria. Sin unión no hay victoria, porque es necesaria la cooperación de todo el género humano. Porque es menester la paz, se hace imprescindible la confraternidad; porque es necesaria la libertad, es obligatorio el trabajo solidario. Es estos principios descansa la razón de la felicidad humana¹⁸. Como compendio de estas ideas, se puede ofrecer una frase categórica del ensayista vasco: “La libertad está en la humanidad, en la comunidad de los hombres¹⁹”. En otro trabajo afirma: “La voluntad general es la ley universal de la voluntad. La ley moral. La libertad”²⁰.

La razón de este compromiso de solidaridad entre los seres humanos no es simple *desideratum* o pura quimera, sino obligación y compromiso. Si todos los hombres se identifican por su humanidad, todos poseen las mismas posibilidades de ser y de vida. Racionalmente se impone el deber de la unidad y de la igualdad solidarias y responsables. Es la manera de superar las graves limitaciones del ser humano como ser primario en la historia del presente, el *homo barbarus*, para alcanzar las cotas verdaderas de la humanidad, del *homo humanus*.

“Podemos decir que los humanistas ... retradujeron el término *philantropia* por el “dignidad del hombre”. Su *paideia* ya no era solo griega, sino también latina. El estudio de las humanidades se recomendaba, frente al ávido ergotismo escolástico y la fantástica filosofía de la naturaleza, para promover lo humano en el hombre, para sacar

¹⁷ En “Topía y utopía”, *Topía y utopía*, p. 62.

¹⁸ Véase al respecto el trabajo “De monarquía”, *Topía y utopía*, pp. 40-44.

¹⁹ En “Topía y utopía”, *Topía y utopía*, p. 67.

²⁰ En “Kant: filosofía y quiliasmos”, *Topía y utopía*, p. 95.

el *homo barbarus* el *homo humanus*. Proceso educativo de civilizadora humanización²¹.”

Este dato sobre la solidaridad humana nos lleva de manera directa a defender el sentido profundo que la República presenta en el sentimiento y en el pensamiento de Eugenio Ímaz. Para el pensador donostiarra ser demócrata suponía ser republicano, porque así lo había decidido libre y soberanamente el pueblo. Estos supuestos políticos exigen igualmente el rechazo frontal hacia todo partido que defienda la fuerza y la violencia, la vía revolucionaria, como sistema para imponer sus criterios. Desde este punto de vista, tan negativos son los totalitarismos de izquierda como los de derecha, ya sean dictaduras de estado o dictaduras del proletariado²². De esta manera, ser demócrata supone, como derivación lógica, defender los principios de la voluntad popular, materializados en ese momento histórico, en la República, y negación total hacia todo tipo de totalitarismo. En el caso de Eugenio Ímaz, el espíritu democrático se basa sobre tres firmes cimientos: pueblo, liberalismo y República²³.

Desde el punto de vista del humanismo religioso, Eugenio Ímaz es un cristiano convencido. Sin embargo, para el ensayista vasco, cristianismo no significa confesionalidad. Cristianismo es la respuesta consecuente y responsable del creyente con el hombre y con la historia en nombre de la divinidad y no el simple acatamiento formal a unos dogmas o preceptos. Esta doctrina, el verdadero cristianismo para el pensador donostiarra, se emparenta con la religión de los valores y no con la religión de la obediencia. De esta manera, ser cristiano significa asumir como hombre una responsabilidad seria con la sociedad y un compromiso total con la vida y con la historia. Desde este punto de vista, cristianismo es una moral que proyecta al hombre como creyente desde la realidad humana del ahora y del aquí a la eternidad del espíritu, hacia la eternidad humana²⁴.

Democracia y cristianismo forman las dos caras de la moneda humanista. De esta manera, las ideas políticas se recubren de una ética indiscutiblemente religiosa. A su vez, los principios religiosos asumen una clara proyección política. Religión y política adquieren su pleno sentido en el habitáculo del humanismo. Ser responsable en el campo religioso supone compromiso con la realidad política y viceversa, de forma que no puede existir un hombre auténticamente político que no sea, a su vez, profundamente religioso. Ser cristiano implica responsabilidad y compromiso con la democracia

²¹ En “Angeología y humanismo”, *Luz en la caverna*, p. 215.

²² Antonio Jiménez: “Los primeros escritos de Eugenio Ímaz”, *Eugenio Ímaz: hombre, obra y pensamiento*, Op. Cit. pp. 53-69.

²³ En los trabajos de Eugenio Ímaz no se encuentra una doctrina coherente y pormenorizada sobre su talante liberal y democrático, pero sí abundantes cuñas a lo largo de todos sus escritos. Remito al lector a escritos como “Luz en la caverna”, “Tiempo de hablar”, “El destino del homo sapiens”, “Alocución dispersa”, “Discurso in partibus”, “En busca de nuestro tiempo”, y, muy especialmente, a los trabajos que componen los cuerpos de “Cruz y raya” y “Diablo mundo” del volumen *La fe por la palabra*.

²⁴ Para este particular remito al lector a los trabajos primeros de la obra *Topía y utopía*: “En busca de nuestro tiempo”, “De monarquía”, “Topía y utopía”, etc.

por ser ésta la expresión libre y soberana de la voluntad popular, pero también objetivación en la historia de la voluntad divina. Ser demócrata también supone compromiso y responsabilidad con una ética de valores humanos y con una moral de sentido religioso.

3. Dimensión teleológica de un pensamiento.

Desde cualquier plano de consideración que nos acerquemos al principio de humanismo, éste nos conduce tanto como realidad política, democracia, como realidad religiosa, cristianismo, a la defensa de un finalismo historicista o a un historicismo de naturaleza teleológico. Si, según los principios del evolucionismo científico, este finalismo se concreta incluso en el mundo orgánico, con mucha más razón se debe dar en el mundo humano, en ese universo de las circunstancias históricas y temporales que condicionan y forman en el y el estar del hombre en medio de la existencia.

“La misma teleología que aplicamos al mundo orgánico no tiene valor sustantivo más que dentro de la vida misma, la vida vivida por el hombre, y fuera de ella no pasa de ser una abstracción conveniente²⁵..”

El Ser, el Espíritu, se manifiesta y materializa en el pueblo, de forma que las realizaciones del pueblo en el tiempo histórico son demostración y expresión de la voluntad del Espíritu. El Espíritu habla y se manifiesta, proceso de revelación directa, a través del comportamiento puntual y permanente del pueblo, concretado en la historia. La historia, por tanto, es palabra revelada por el espíritu.

“El verdadero conocimiento es aquél en que la verdad se verifica, se hace, cuando la realidad se agota en ese hacer... Por lo tanto, mal nos puede instruir el conocimiento, tan precario, de la naturaleza, sobre ninguna verdad metafísica, y no digamos sobre la existencia de Dios. Sólo en la historia, en el mundo social, que es hechura del hombre, éste puede sentir la emoción divina del conocimiento creador. Y solo la Historia, la nueva “ciencia nueva” puede ofrecernos una “demostración de hecho”, una demostración histórica de la Providencia²⁶.”

En el presente histórico de la realidad española el comportamiento del pueblo se llama democracia. Por eso, la democracia no sólo queda legitimada por ser la expresión de la voluntad mayoritaria del pueblo, sino también queda sacralizada por ser revelación objetivada de la voluntad del Espíritu. Si esto es así, la historia deja de ser la concatenación casual de hechos para transformarse en materialización en el tiempo de la Idea Suprema, del Espíritu. Bajo este sentido, aceptar las decisiones libres del

²⁵ En “Asedio a Dilthey”, *Topía y utopía*, p. 204.

²⁶ En “Introducción a Vico”, *Topía y utopía*, p. 84.

pueblo es asumir responsablemente el designio del Espíritu y la finalidad trascendente de la historia.

Eugenio Ímaz defiende en sus escritos un claro finalismo para el proceso histórico del hombre, cuya etapa última será la eternidad humana o HUMANIDAD. La historia, por tanto, es la expresión en cada momento del camino progresivo desde el humanismo de presente hasta la HUMANIDAD de futuro. El presente pertenece al hombre individual o al hombre colectivo del ahora y del aquí; el futuro será del hombre universal. Por eso, el destino del hombre en la historia es alcanzar las cotas de la universalidad humana o del hombre universal²⁷. Estas ideas se reiteran a lo largo de los escritos de Eugenio Ímaz, formando un verdadero *leit motiv* de su cosmovisión ideológica.

“Hoy, el hombre universal no es un ideal sino una necesidad. Necesitamos el hombre universal ... para encontrar encarnada en una vida la verdad que los sistemas sólo nos ofrecen en simulacro²⁸.

... mientras en la cerrada lejanía del horizonte se está fraguando en silencio la figura del *hombre universal*, consciente de sus tremendas limitaciones, pero dueño, por eso mismo, de sus esperanzas²⁹.”

Se proponen, de esta manera, las fases del evolucionismo histórico del devenir humano: la fase del humanismo en el tiempo de presente y la fase del hombre universal o de la HUMANIDAD en el futuro absoluto. Entre estas dos fases, se impone un largo camino de renunciaciones y superaciones. El acceso a la HUMANIDAD requiere un proceso permanente de maduración humana hasta el logro de la perfección última, antesala de la proclamación del hombre como HUMANIDAD. Según los presupuestos del filósofo vasco, la historia de la humanidad es la historia de una evolución, objetivada en los grandes momentos del devenir humano. Éste parte de un *Homo Faber* que evolucionó a un *Homo Sapiens*, llamado a ser un venturoso día encarnación del *Homo Amans*³⁰. Afirma Eugenio Ímaz:

“No es que añoremos tiempos pasados, no; añoramos, en verdad, tiempos futuros, como si ya hubiésemos estado en ellos; pero porque los añoramos entrañables, no queremos que a nombre de ningún credo religioso, filosófico, político, científico o tecnológico -la historia que es la experiencia del hombre, ha superironizado así la ironía socrática- se maltrate la semilla humana privándola de lo privativo suyo, del *humus*. ¿Cuántos milenios no habría que esperar, en el mejor de los casos, para que surgiera de nuevo, si es que surgía, no el *homo faber*, ni siquiera el *homo sapiens*, sino ese hombre

²⁷ Véase José Luis Abellán, “Eugenio Ímaz. Del historicismo al delirio”, Op. Cit. p. 354 y ss.

²⁸ En “Albert Schweitzer: el hombre del siglo”, *Luz en la caverna*, 110.

²⁹ En “Filosofía de hoy”, *Luz en la caverna*, p. 209.

³⁰ Véase al respecto el apartado “La reconciliación por el amor: el Homo amans” del estudio de Iñaki Aduriz *Eugenio Ímaz: una filosofía de la vida*, Op. Cit. 267-276.

que ya se perfila tras la cortina de humo levantada por la bomba atómica, el *homo amans*³¹.”

El *Homo Faber* es el hombre del pasado, el *Homo Sapiens* es el hombre del presente, el *Homo Amans* será el hombre del futuro. Entre el *Homo Faber*, inicio, y el *Homo Amans*, culminación, se verifica y se desarrolla tanto la realidad como la transformación del *Homo Sapiens* o del *homo humanus* en su experiencia pasada, en sus vivencias presentes y en su proyecto futuro. En este panorama evolutivo, la “conciencia histórica” afirma que la humanidad ha ido superando etapas de maduración histórica hasta llegar a través de un largo proceso, tanto de guerras y revoluciones como de logros y conquistas, al puerto político y social de las democracias parlamentarias. De esta manera, la “conciencia histórica” nos demuestra que el camino recorrido por la humanidad se va dirigiendo siempre hacia estados de una superior unidad. De esta manera, el futuro humano, como proyección a realizar en el porvenir, tendrá que potenciar este vector y materializar la plena fusión entre todos los componentes de la entidad humanidad. La objetivación de esta tendencia de convergencia, apoteosis histórica, proclama la realidad del *Homo Amans*. Por lógica histórica, la humanidad está llamada a hacer real, en un tiempo más o menos cercano, la utopía presente del Hombre Universal, del *Homo Amans*.

Unión solidaria y finalismo historicista proclaman las dos caras del organigrama filosófico de Eugenio Ímaz. En estos fundamentos se basa igualmente la dimensión utópica de su pensamiento, expuesto de forma parcial en su obra *Topía y utopías*. Eugenio Ímaz sintoniza plenamente, por lo menos de una forma espiritual o emocional, con las utopías renacentistas que identificaban el ideal humano, humanismo, con la *philosophia Christi* o con la Ciudad de Dios.

“El pensamiento humanista cristiano es, fundamentalmente, utópico: su utopía, su programa de acción es la *philosophia Christi*³².

Su *philosophia Christi* no la han llevado a la región de las ideas, ..., sino a la corpórea y terrenal de los hombres, a *Utopía*, donde los hombres viven real y verdaderamente terrenal y utópicamente en cristiano³³.”

La lección del finalismo histórico y la razón de la maduración humana implican un compromiso responsable por parte del hombre, ya que el ser humano es el artífice real y único de su propia historia; y, como consecuencia, de la objetivación de la voluntad divina en el tiempo histórico. Esta toma de conciencia y el compromiso consecuente suponen, a su vez, un estado de permanente vigilia. En esta situación de alerta adquiere un protagonismo indiscutible el papel y la función del intelectual. Éste se

³¹ En “Alocución dispersa”, *Luz en la caverna*, 93.

³² En “topía y utopía”, *Topía y utopía*, p. 49.

³³ *Íbidem*, 48.

transforma en un líder genuino. Tiene como misión específica la explicación y la defensa del propio destino humano. Cuando el pueblo se comprometa responsablemente con su suerte y con su destino, asegurará en medio de un proceso evolutivo el acercamiento gradual y progresivo hacia la HUMANIDAD. Éste es el “destino genuino, humanamente divino o, si queréis, divinamente humano”³⁴.

4. La historia como negación de un sistema filosófico.

Eugenio Ímaz plantea la doctrina de un rabioso humanismo, defiende los principios y las razones de una democracia política y de un liberalismo institucional, se siente y mantiene un cristianismo responsable, secunda la postura de un finalismo histórico, etc., pero todas estas defensas y todos estos compromisos son asumidos y están propuestos en un plano exclusivamente teórico. Eugenio Ímaz es ante todo y sobre todo un teórico que vive comprometido con sus ideas y con sus creencias, pero que se encuentra un tanto al margen de las realidades puntuales del momento histórico. El escritor donostiarra personifica la ingenuidad de pensar que la teoría antes o después tiene que llegar a ser práctica. Y si piensa así, es simplemente porque su doctrina así lo predica y la coherencia de sus planteamientos ideológicos así lo exige.

Eugenio Ímaz sufre intensamente y vive dramáticamente la brutal acometida de la Guerra Civil³⁵. En medio de esta tragedia toma conciencia de la cruda realidad histórica del hombre y contacta con la patética situación del hombre inmerso en el absurdo de una guerra. La Guerra Civil, como vivencia dramática y como desgarrón emocional, condiciona de forma clara la nueva posición del hombre y la visión tradicional del filósofo. Las consecuencias más puntuales de esta cruel experiencia se materializan desde un primer momento en la respuesta que como hombre tiene que dar frente al alzamiento armado y en los ajustes que como filósofo tiene que realizar en su sistema ideológico³⁶.

Si desde un planteamiento personal, la Guerra Civil determina un compromiso decidido con las circunstancias históricas, desde el punto de vista de su credo político la contienda bélica supone, al margen de pequeños ajustes, un reforzamiento de sus ideas y principios. La concreción que asume su ideología y la adaptación de ésta a la situación política vigente son la prueba clave de esta consolidación, donde la Guerra Civil, ya sea realidad histórica o simple tesis, funciona como un verdadero *contratactum* expositivo.

³⁴ En “Alocución dispersa”, *Luz en la caverna*, 92.

³⁵ Véase José Gaos en su “Prólogo” a *Eugenio Ímaz. Luz en la caverna*, México, Fondo de Cultura Económica, 1951, pp. VIII-XXII. Especialmente pp. IX y ss.

³⁶ Ésta es la tesis que José Luis Abellán sostiene en sus trabajos “Eugenio Ímaz: un humanismo en agraz” y “Eugenio Ímaz. Del historicismo a la tragedia” para explicar la vida, la obra y la muerte del escritor vasco.

La utilización de medios violentos, alzamiento armado, contra la voluntad soberana del pueblo invalida a la facción alzada en armas a pesar de los eufemismos demagógicos con los que se quiere encubrir y legitimar su postura. Este caminar con la violencia y contra el sentido popular y humano de la historia desaprueba y desautoriza a los insurrectos. La violencia puede ser camino para acceder al poder, pero todo poder alcanzado a través del desafuero de las armas se caracteriza por su irracionalismo y por su locura. Según los principios ideológicos de Eugenio Ímaz, no puede existir cosa más absurda que la violencia. Si la contienda militar es la materialización puntual de una práctica violenta, ésta queda plenamente invalidada por su irracionalidad. La guerra es un monstruo histórico que destruye las leyes de la lógica y de la naturaleza. Eugenio Ímaz ironiza amargamente, cuando caricaturiza ciertas expresiones de filósofos bienpensantes capaces de afirmar: “en ningún pueblo verdaderamente católico se han conocido jamás por largo tiempo ni la dictadura de un hecho brutal ni el hecho brutal de una dictadura”³⁷. La valoración de la Guerra Civil, ya se haga desde presupuestos políticos o desde principios historicistas, siempre presenta un mismo denominador común: negatividad absoluta, desafuero completo y contradicción extrema. La Guerra Civil es valorada por el filósofo donostiarra como un aborto maldito de la historia y como un monstruo de la naturaleza humana sin precedentes en el devenir histórica de la humanidad.

Eugenio Ímaz, como intelectual militante, asume una postura responsable y comprometida con su tiempo, con su país y con su historia. La entrega personal que ofrece Eugenio Ímaz a favor de la República era simplemente la respuesta humana de un hombre frente a la ineficacia, nunca frente a la verdad, de su sistema ideológico. El hombre histórico se alzaba, mientras el hombre filosófico se tambaleaba. La práctica histórica negaba lo que afirmaba la doctrina filosófica. Esta trágica incompatibilidad entre práctica histórica y doctrina filosófica marcaba de forma definitiva el espíritu y el corazón del escritor donostiarra. El divorcio entre vida e idea, entre praxis e hipótesis, entre historia y teoría, etc., determina el primer gran desgarrón emocional, la primera gran ruptura vital³⁸.

A este desgarrón hay que sumar los que en el exilio le fue proporcionando la propia historia. Desde el exilio se vivían día a día con gran vehemencia los acontecimientos históricos que acaecían en España. Con profunda amargura y desánimo total tenían que ver cómo las democracias occidentales y la Santa Sede aunaban fuerzas e intereses en torno a la legitimación política y religiosa del régimen franquista. Cada reconocimiento oficial o cada señal de buena voluntad para la España franquista significaba un soplo de viento huracanado que iba apagando la ya endeble “llama sagrada” de la verdad y de la razón del exilio.

Hasta este momento, el filósofo donostiarra había demostrado un gran valor para enfrentarse valerosamente con la crisis de su tiempo, haciendo de esta crisis el tema

³⁷ En “La decisión de Donoso”, *Topía y utopía*, p. 134.

³⁸ Véase el capítulo “La Guerra Civil como hecatombe social y como absurdo espiritual” en *Topías y utopías de Eugenio Ímaz. Historia de un exilio*, Op. Cit. pp. 111-124.

central de sus escritos. Sin embargo, en la situación actual, la crisis histórica deja de ser simple tema para transformarse en vivencia íntima. La experiencia de esta crisis supera sus ánimos, debilita su espíritu y deshace su corazón. Tiene que vivir una vez más la traición de las democracias occidentales.

Si la conciencia del absurdo histórico es trágica, mucho más lo es la conciencia del absurdo teológico. Se vive en un mundo de verdadera alucinación, donde han perdido validez y sentido los principios sociales, las razones históricas y las verdades teológicas. Si la historia es el marco de revelación del Espíritu, éste se halla en un estado de demencia y desequilibrio sólo comparable con el descarrío de la historia. ¿Qué historicismo teleológico se puede defender, cuando las democracias legitiman los totalitarismos y la iglesia sacraliza los fascismos? Ante la desaparición de la lógica histórica y ante el derrumbe de la ética teológica, el hombre se encuentra sin puntos de referencia, sin metas, sin ideas, sin ideales. ¿Qué sentido puede presentar la razón del *Homo Amans*, si el amor solidario ha sido suplantado por los egoísmos personales y por las egolatrías? Ante la conciencia de esta realidad, sólo cabe la desesperación como respuesta. Si las circunstancias históricas de manera despótica le han impuesto hasta ahora toda una larga y cruel serie de ausencias y quiebras; ahora, en medio de su más profunda crisis, se revela frente a tanto acatamiento y servilismo con un acto supremo de afirmación personal: la huida metafísica. Es la única forma a su alcance para reafirmar su desacuerdo ante la dinámica social y política y para remarcar su rechazo ante la voluntad histórica del Espíritu³⁹.

Entre logros y caídas, entre afirmación y negaciones, resplandece la integridad de un hombre y la coherencia de un filósofo que luchó toda su vida por una meta y por una idea: el humanismo teleológico. En nombre de la humanidad y por la humanidad ofreció su existencia para demostrar la realidad de la utopía de la HUMANIDAD, aunque él experimentase la tragedia personal de su imposibilidad. Como sujeto histórico, toda su vida consistió en una búsqueda apasionada del auténtico destino humano. Su muerte. Sin embargo, fue un gesto de rebeldía frente al destino histórico del hombre. Su muerte, de esta manera, negaba los afanes de la vida y certificaba el fracaso del encuentro, pero no invalidaba las razones de la búsqueda ni el sentido de su conducta. Eugenio Ímaz a lo largo de su intensa vida siguió puntualmente las huellas de una utopía, porque creyó en todo momento en la realidad de la misma. La historia le negó lo que en derecho y por justicia le correspondía. Pero la historia nunca le pudo arrebatar ni el sentido de su vida ni la razón de su entrega. Marcó un camino y trazó unas huellas. Supo, de esta manera, proporcionar las pruebas y razones con las que el hombre venidero podrá hacer posible esa utopía. Por eso, tanto su vida como su muerte fueron las consecuencias de una lucha sin cuartel para acabar de una vez por todas con la utopía pero siempre en nombre de la utopía.

³⁹ Estos últimos párrafos recogen casi en su textualidad lo que afirmaba en las últimas páginas del libro *Topías y utopías de Eugenio Ímaz. Historia de un exilio*. Remito al lector a ese último capítulo “La ruptura histórica: imposibilidad de una utopía (1951)”, pp. 207-220.



Ana Campos